

LA HERENCIA

Scott Edelman

Aquí tenemos una humana e intuitiva historia protagonizada por personajes cuyos caracteres de ciencia-ficción son casi invariablemente «solitarios» (macho, soltero, eternamente joven sin lógicas ataduras o compromisos) y no por gente real como usted o como yo, inmersos como estamos en la trama de las obligaciones y las responsabilidades sociales.

*¿Es verdaderamente libre Scott, en su historia, de hacer lo que quiere? ¿Toma la decisión apropiada? No recuerdo ninguna otra historia de esta línea desde la clásica **Lot** de Ward Moore.*

Por lo que respecta al verdadero Scott Edelman, éste no habla de sí mismo en su literatura.

Es evidente que Scott se está haciendo un nombre por sí mismo en el campo de la ciencia-ficción, después de haber trabajado para casi todas las revistas y series antológicas y estar editando en la actualidad varios volúmenes:

Me desperté. Ya había amanecido; la luz del sol de aquel alegre verano se filtraba por mi ventana. La vida en los bosques nos había transformado en muchos aspectos, si bien una costumbre de la cómoda vida suburbana que solíamos mantener todos nosotros era la de irnos tarde a dormir.

Mi despertar fue abrupto: luché deliberadamente contra mi subconsciente para ocuparme de algo que no iba bien. Miré a mi izquierda. Donna descansaba apaciblemente revuelta con un montón de sábanas junto a mí, roncando suavemente. Mark permanecía enroscado a su lado en posición fetal, y con las manos metidas entre las rodillas para mantenerlas calientes.

—Mi propia paranoia —me dije.

Yo siempre había sido el más prudente de los tres, quizá por mis enormes ansias de sobrevivir. O tal vez porque era el que más miedo tenía a la muerte: a mi modo de ver ambos sentimientos llevaban el mismo resultado.

Oí voces procedentes del exterior. Quienes fueran los que allí se encontrasen era indudable que no pretendían cogernos por sorpresa.

En torno al sector se habían colocado letreros de «No pasar», añadiendo que estábamos fuertemente armados, que disparábamos con precisión y que no dudaríamos en emplear las armas.

Los que andaban fuera tenían que ser muy confiados (en cuyo caso debía de tratarse de docenas de feroces mujeres y hombres armados que aguardaban a que saliéramos) o muy estúpidos.

Sacudí a Donna que se removió al momento y, después de abrir los ojos, incorporóse.

—Hay gente fuera —le informé rápidamente—. Hacen un ruido enorme. Debe tratarse de un aviso de ataque masivo.

La chica se puso en pie en seguida dejando caer al suelo la colcha que la cubriera poco antes. Me asustó de pronto nuestra desnudez: hacía semanas que no veíamos a nadie y habíamos olvidado que la desnudez no era normal para la mayor parte del mundo. Aparté al momento la idea de mi mente, puesto que no quedaba tiempo para vestirse. Habría que pertrecharse para la lucha, en todo caso.

Despertamos juntos a Mark. Dormía a pierna suelta, como siempre. Tuvimos que menearle varias veces hasta que abrió los ojos. Donna le explicó lo que ocurría mientras yo recogía tres rifles además de munición del armero. Comprobé las armas; ya estaban cargadas.

Fuera habían aumentado las voces. Los intrusos no podían estar a más de cien pasos de la cabaña.

—Cúbrenos desde la ventana —dijo Mark a Donna.

Ella asintió lentamente y nos contempló a ambos con una enérgica mirada en sus ojos. En otros tiempos la habrían quemado como a una bruja. Mark volvió a sonreírle. Yo ya había llegado a la puerta y me disponía a abrirla.

Mark reunióse en seguida conmigo.

—¿Listo? —me preguntó suavemente.

Asentí.

—Vamos.

Empujé la puerta. Mark cruzó el umbral, enarboló el arma, se la echó al hombro y gritó:

—¡Quédense ahí!

Un segundo más tarde salí yo también empuñando mi fusil y dispuesto a disparar.

Una pareja de mediana edad estaba de pie en un ángulo del raso que constituía nuestro cercado, con las manos levantadas. Vestían ropa cara y coloreada. El hombre llevaba un traje de chaqueta y pantalones anchos haciendo juego. La mujer lucía un traje-pantalón.

Pude oír el murmullo de Donna desde la cabaña:

—¡Ropas malditas!

Eché una ojeada por el raso sin lograr ver a nadie más. Miré a Mark que contemplaba de soslayo a aquellos que permanecían en nuestro terreno.

—No veo a nadie más —comenté a mi compañero.

—¿Puedes verles la cara? —inquirió él a su vez, sin dejar de encañonarlos con el rifle.

—No. Aun con gafas, mi visión fue siempre muy pobre. No obstante, por su aspecto yo diría que tienen unos cincuenta años. O cincuenta y cinco.

El largo y liso cabello de Mark se movía al viento de la mañana.

—Creo que son tus padres.

Un cúmulo de recuerdos inundó mi cerebro. Traté de apartarlos.

—¡Dios! Espero que no...

—Deseo lo mismo que tú.

—Lo sé.

—¿Scoot... ie? —aventuró la mujer.

Su voz era casi un gemido; siempre lo había sido. Pronunció mi nombre despacio, llorosamente, con una voz que temblaba más todavía de lo que yo recordaba. Durante veinticinco años se había dirigido siempre a mí en el mismo tono de voz. Me acuerdo de ello: durante mi niñez, en los suburbios, los vecinos y familiares me consideraban un atemorizado y neurótico niño de mamá. Y ésa era la impresión que tan urgentemente pretendía causar mi madre. Su voz constituía uno de sus instrumentos más efectivos.

—¿Qué quieres? —pregunté yo.

—Por lo menos deja que nos acerquemos. ¿No te parece? —propuso mi padre advirtiéndose cierto temor tras su fastidio.

Era el sensible de la familia y no tenía paciencia para nada que afectase a su sensibilidad.

—De acuerdo —repliqué. Ellos comenzaron a aproximarse. Ni Mark ni yo bajamos los rifles—. Quédate dentro —ordené a Donna, que murmuró una afirmación.

—Vas a tener que ocuparte de esto tú solo —me dijo Mark—. He cogido un arma, pero eso no sirve para nada. Van a venir con culpas.

—Ya lo sé.

—Si les dejas hablar te harán jugar a lo que ellos quieran. Tendrás que aporrearlos o echarlos ahora mismo.

El viento se hizo más fuerte, golpeándome suavemente el rostro. El perfume de las verduras inundaba el aire.

—Quedaos ahí —rogué a mis padres cuando éstos ya se encontraban a veinte pasos de la cabaña—. Desde ahí podéis oírme perfectamente.

Ahora ya los veía yo con toda claridad: la cara de mi padre había envejecido diez años desde que le viera la última vez, tres años atrás. Tenía bolsas en los carrillos y los ojos cansados. Mi madre llevaba la cara completamente llena de maquillaje disimulando su edad. Se había teñido el pelo de rubio; la verdad es que nunca le vi el pelo gris. Ahora gritaba.

—Ya sabes que mamá no oye muy bien —alegó mi padre, a pesar de que ya lo sabía yo. Aquel argumento le había servido siempre, tanto de ataque como de defensa, durante muchos años. Siempre me pregunté: ¿por qué la vida tenía que ser una batalla con ellos?

Mal asunto es eso. Quedaos donde estáis.

«Cuidado, muchacho, no te dejes llevar por su modo de pensar. No hay razón para ser grosero», me dije.

Mark bajó el rifle, y se acercó a ellos dando zancadas:

—No te preocupes —le tranquilicé—. Va a comprobar si tenéis armas. Os las devolverá cuando os marchéis.

Mi padre llevaba una pistolera con un arma dentro. Mi madre, en cambio, no llevaba pistola.

—¿No te ha hecho falta emplear armas? —inquirí.

—¿Qué? —preguntó mamá. Se dirigió a mi padre—: Joey, ¿qué es lo que ha dicho?

Nunca preguntaba directamente a quien le hablaba qué decía, sino que, por el contrario, dependía sin excepción de una tercera persona.

Aguardé.

Mi padre volvióse hacia ella.

—Me preguntaba si tenía que utilizar la pistola.

—¿Cómo? ¿Una pistola? ¿Que usa pistola? ¿Qué ha dicho? —su conversación me irritaba.

No tenía sentido lo que decía. Como siempre, por supuesto. Mi madre nunca había sido una mujer estúpida, sino simplemente cuentista, ignorante y asustadiza.

Papá se lo volvió a explicar. Ella fingió comprender. Mi madre nunca comprendía lo que no le daba la gana de entender, aunque disimulaba y mentía para facilitarse las cosas a sí misma. Recordé cómo me enfrentaba a ella:

—¿No has oído lo que dije? —le podía preguntar.

Su respuesta siempre sería:

—Por supuesto. Pero vuelve a decírmelo: quiero oírlo otra vez.

Los sentimientos, las ideas, las perspectivas, y las formas de vida pueden cambiar, pero los recuerdos permanecen.

—No —me dijo mi padre—. Las cosas están bastante tranquilas.

—Ten cuidado al volver. También por aquí cerca hay escasez. Te matarían por dinero.

Mark regresó a mi lado y me entregó la pistola. Me miró; le brillaban los ojos sin la menor emoción.

—Vuelvo dentro. Dormiré un poco, ¿te parece?

—De acuerdo.

Mi amigo entró en la cabaña.

—¿Por qué habéis venido?

—Tu madre y yo —así era como comenzaba siempre que quería algo de mí— no podíamos seguir viviendo por más tiempo en Beechwood. Se está poniendo muy mal. Habrás leído los periódicos, así que ya sabes cómo está todo allí.

No había leído un solo periódico desde que me mudé a la cabaña.

—Ya lo sé —asentí.

—Los motines se propagan por Cleveland. Nuestro dinero difícilmente vale para nada. Ni en los mercados lo cogen ya. Aparte de que la mayoría han cerrado. Tu madre y yo no hemos

visto un pedazo de carne en dos semanas.

Pobrecillos. Suculentos solomillos aderezados con hormonas y química. Durante años me habían ridiculizado por mis costumbres alimenticias: por comer esas «materias orgánicas» y por alimentarme siempre que tenía hambre en lugar de hacerlo con horario.

—Tampoco tengo la menor posibilidad de realizar ningún trabajo ya.

Siempre había sido comerciante. Con dinero de sobra mientras la mitad de la población pasaba hambre. ¿Para qué servía un comerciante? Y había montañas de jóvenes para ocupar los trabajos manuales.

No me hizo falta oír el resto de la historia.

—¿Queréis venir a vivir con nosotros?

—Scootie —intervino mi madre—. Aparta ese arma —y en su voz había un deje de autoridad—: Me asusta.

—Teníamos que hacerlo —añadió mi padre—. No hay lugar al que podamos volver. Créeme —esto último lo dijo con una sonrisa—. Si no hubiera sido absolutamente preciso, no hubiéramos venido.

Aparté la escopeta a un lado, si bien no la dejé en el suelo. Traté de elegir las palabras con el mayor cuidado. Acabé al fin desistiendo y dejé que las palabras fluyeran libremente. La semántica era su arte, no la mía.

—Lo lamento, pero no hay modo de que os quedéis aquí. No podemos alimentar a cinco personas. Apenas vivimos nosotros tres,

Y mientras esto decía, me sorprendí de mi propia forma de hablar, concisa y directa.

—Scott —comenzó mi madre—, ¿qué más quieres que hagamos? Nos equivocamos. No lo sabíamos. Tú nos habías dicho que las ciudades se vendrían abajo y acertaste. Ahora tenemos que quedarnos contigo.

Me había quitado el diminutivo de la infancia en mi nombre pero únicamente para llegar a concluir el negocio. Estaba empleando la lógica que toda la vida empleara: admite que te has equivocado y todo te irá de perlas. El hecho de que cultivásemos la mínima cosecha y contásemos con los animales justos para alimentarnos nosotros tres no le importaba un comino.

—Ya te he dicho que difícilmente vivimos nosotros tres. Si os venís a vivir aquí moriremos todos de hambre.

—Oye —dijo mi padre evidentemente fastidiado y con cierto miedo—. ¿No puedes sentir un poco de simpatía una vez siquiera? Te hemos criado y mantenido durante dieciocho años. Y lo habríamos hecho más tiempo si no te hubieras ido de casa.

Habían prometido no utilizar nunca ese argumento contra mí. Las promesas, sin embargo, no son más que palabras.

No había manera de entendernos. Nunca la había habido.

—No podéis quedaros. Ya os he dicho por qué. No tenemos nada más que decirnos. Os ruego que os vayáis.

—¡Jesús! —estalló mi padre—, ¿No puedes dejar de pensar en ti mismo por una vez en la vida? En esta ocasión no seas egocéntrico y piensa en nosotros, ¡para variar!

El número de la culpabilidad. Me limité a ignorarlo.

—Scootie —intervino mamá a punto de llorar—. Hemos visto tu huerto y tus animales —trató de esbozar una falsa sonrisa—. Son magníficos. Puedes mantenernos, yo estoy segura —y la sonrisa se esfumó.

Yo había trabajado como granjero durante tres años. Ella, en cambio, no había visitado una hacienda en toda su vida. Años atrás, si me refería a veces a la matanza de toros cuando comíamos carne, ella me decía: «¡Scootie, en la mesa no, por el amor de Dios!»

—Óyeme, estúpida zorra —me oí decir—: Te has pasado la vida creyendo que cualquier mentira la podrías convertir en realidad. Bueno, pues ahora eso no es posible. ¿Me entiendes? Disponemos de algunas verduras, conejos y gallinas. Y eso no basta para alimentar a cinco

personas. Por una vez en tu maldita vida, ¿quieres escuchar lo que estoy diciendo?

Su única respuesta consistió en echarse a llorar. Aunque algunas veces me había insultado ella, ésta era la primera que yo lo hacía y a la cara.

—Scootie —era mi padre quien hablaba—, permíteme preguntarte algo. Contéstame y nos marcharemos para no volver nunca —creía él que yo me movía por el rencor y el odio. ¿Quién escucha alguna vez lo que le dicen los otros?—. ¿Conforme?

—Conforme —repliqué yo.

—Si tuvieras comida suficiente, ¿nos aceptarías en tu casa?

Me había comprometido a responder. Si contestaba que no él volvería a usar el argumento de la culpabilidad, y reforzado ahora, quizá creyendo incluso que yo mentía sobre la cantidad de comida. Las personas siempre quieren creer lo que más les conviene.

Pero si contestaba que sí mentiría.

«Míentele —me aconsejó mi diablillo interior—. Sólo son palabras.»

—No lo sé —concluí optando decididamente por el compromiso—. Tendría que consultarlo con los demás.

—Pregúntaselo —pidió mi padre. Treinta años como comerciante le habían convertido en un maestro manejando a la gente. En el pasado rara vez intentó manipularme a mí—. Pregúntales si hay comida suficiente para alimentarnos.

Levanté el arma y volví a apuntarles. Estaba temblando.

—Largo. Si nosotros podemos sobrevivir, vosotros también podéis hacerlo.

Mi padre me contempló. Nuestras miradas se encontraron. Medité mientras le miraba manteniendo mis ojos clavados en su mirada pero sin ver las terribles emociones que aquella encerraba.

Mi madre comenzó a vociferar con una voz que se clavaba en los oídos.

—¡Bastardo! —y echó a correr hacia mí, cosa que me hizo encañonarla inmediatamente.

Tropezó, cayó de rodillas, y se puso a sollozar. Mi padre se inclinó a su lado. Ella le regaló con repetidos golpes y puñetazos hasta que se" desvaneció a sus pies.

Lloriqueó larga y afligidamente:

—Scootie...

Apunté el rifle hacia mi padre. Para apartar de mí los sentimientos entoné un «mantra» (especie de cántico) muy dulcemente.

Mi padre me miraba fijamente.

—Hemos recorrido andando diez millas desde la carretera para llegar hasta aquí —me explicó—. Tenía un tanque de gasolina en el coche para una emergencia. Queda menos de una cuarta parte. Tendremos que quedarnos aquí o morir. Quizás otros puedan vivir recogiendo moras de los arbustos pero nosotros no —hizo una pausa—. Si es preciso podemos ser tan tercos como tú. Nos quedamos y no se hable más. Nos tendrás que echar.

Ayudó a mí madre a levantarse. Ella se apoyó en su esposo, y, juntos, comenzaron a aproximarse a mí.

Mark ya me había dicho que tendría que arreglármelas solo.

Apreté más el rifle entre mis manos, cantando en voz cada vez más alta. Sonó un disparo. Una bala chocó contra el suelo antes los pies de mi padre y rebotó en el raso. Ambos se detuvieron.

Era Donna quien había efectuado el disparo. Volví la cabeza.

—Espera a tener cincuenta y cinco años —auguró mi padre, escupiendo prácticamente las palabras—. Cuando ya no puedas ser tan condenadamente independiente y no haya nadie que cuide de ti.

Llegaría un día en que alguno de nosotros no podría seguir realizando su parte del trabajo. Mark, Donna, y también yo habíamos convenido en que el primero que llegase a esa situación sería liquidado por los otros dos. Y todos sabíamos de sobra que cuando llegara el momento veríamos las cosas de forma muy distinta.

No pensábamos en ello no obstante. Temíamos ese momento y más aún su aspecto inevitable. Tratábamos de ignorarlo.

—Será mejor que os vayáis ahora mismo —recomendé. Jugué la carra que debía haber jugado desde el principio y confié en no tener que volver a hacerlo nunca más—. Seguramente yo no dispararía contra vosotros, pero Donna no dudará en hacerlo. Y todos nosotros somos tiradores excelentes.

Dirigí la mirada a un lado de la cabeza de mi padre y moví el gatillo. Una bala pasó a su lado silbando. Mi madre abrió la boca y volvió a sollozar.

—La próxima bala irá directamente a la frente. Donna disparará si tiene que hacerlo —aparté el rifle a un lado dejándolo suavemente en el suelo.

Cogí la pistola de mi padre, la abrí, saqué la munición sobre la mano y di unos pasos hacia él deteniéndome a seis pasos de donde se hallaba. A continuación tiré a sus pies el arma y las balas.

—No cargues la pistola hasta que estéis fuera de nuestro terreno —le ordené.

—Olvidalo —respondió él—. Vamos a morir de cualquier modo.

—¡Joey! —exclamó mi madre. Pero él la mandó callar.

—Estás loco si no la recoges —afirmé con suavidad.

—No tanto como tú.

Le miré a la cara.

—¡Adiós, papá! —me despedí. Miré después a mi madre que apartó la vista. Nunca se despediría directamente de mí—. ¡Adiós, mamá!

Dándome la vuelta, me dirigí hacia donde había dejado el rifle. Luego entré en la casa sin volver la vista atrás.

—Avísame cuando se hayan ido —le pedí a Donna.

Mark estaba sentado sobre las sábanas en la postura del loto, con las manos juntas delante del pecho, y los ojos cerrados. Aparté el rifle y me senté a su lado.

Al cabo de unos minutos Donna se apartó de la ventana. Colocó el rifle en el armero.

—Han recogido la pistola —se inclinó a mi lado y me cogió las manos. Su rojizo pelo le caía sobre las mejillas—. Volverán —aseveró.

—Lo sé. Tenemos que estar preparados.

Poco después hicimos el amor. Cuando llegué al clímax imaginé que nos encontrábamos en mi dormitorio, en el apartamento suburbano de mis padres, oyendo cómo mi madre se dirigía a la habitación para criticar mi proceder.

Dos semanas después mi padre, visiblemente más delgado, y enfermo sin duda, abordó nuestra cabana sin armas. Mark le disparó. Lo enterramos en el jardín para que su cuerpo sirviera de abono. Nunca supimos qué le había ocurrido a mi madre.

FIN

La Herencia
Tomado de: Maestros de Ciencia Ficción 6 -Peter Weston-
Titulo Original: Andromeda II